

El Ocio, la Rutina y la Juventud

421
7/1/58

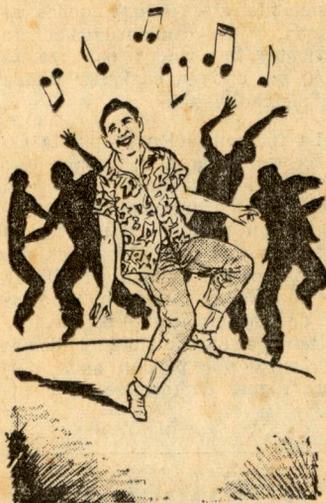
por Sebastián Salazar Bondy

LP 6

Que doscientos adolescentes pertenecientes a dos bandos rivales se hayan dado cita en un parque público para dirimir, a trancazos y puñadas, sus diferencias —ninguna de ellas, por cierto, digna de un cotejo de semejante violencia— no demuestra que haya en nuestra juventud una enorme reserva de pasión, sino, por el contrario, que el vacío de la vida es tan grande que no hay más solución que llenarlo con episodios brutales o paroxísmicos. Creo que son el ocio y la rutina los factores esenciales de ese desbordamiento del instinto de agresión que de un tiempo a esta parte viene manifestándose entre los muchachos que oscilan de los 15 a los 20 años. La actitud destructiva, rebelde, insolente e inconforme de estos chicos no es, por eso, un mal irremediable, pero su remedio, eso sí, no puede postergarse. Ningún hombre es irrecuperable y menos, por supuesto, ningún joven, aunque rescatar a cualquier ser para la existencia útil y provechosa individual y socialmente equivale a comprometerlo, por medio de estímulos francos, en una obra que suscite su interés profundo, que ocupe todo su ser y que le prometa, además, una recompensa visible.

No es posible dejar de pensar que si un muchacho prefiere la calle a la casa, el vagabundeo al estudio, la riña al trabajo, el azar a la regla, los que han fallado en su formación son el hogar y la escuela, la educación en suma. Si en uno y otro de aquellos núcleos básicos de la sociedad no ha hallado, por falta de guía y ejemplo, los alicientes para emprender desde temprano un valioso proyecto vital, su destino carece de sentido y, por ende, es tan culpable como sus padres y maestros por su equivocada entrega a la inactividad y, a través de ésta, a la destrucción gratuita de sí mismo y de lo

que lo rodea. Y aquí parece estar la clave motriz de sucesos como el que nuestro diario dio a conocer ayer: por el buen nivel económico familiar, la mayoría de esos "rock and roll" no



son exigidos a la realización de ningún esfuerzo intenso, y el ocio es la atmósfera en que se desarrollan, y por la carencia, más allá de sus hogares, de incentivos culturales, deportivos, sociales, etc., debidamente organizados, donde se dé forma a sus caóticos impulsos iniciales y se develen sus misterios personales, la rutina es el ritmo constante e implacable de sus horas y sus días. Nadie puede condenarlos como absolutamente responsables de las tropelías que cometen sin asumir una posición farisea. Los adultos los han abandonado, les han dado dudosos ejemplos, los han olvidado.

Es preciso reconocer que el fenómeno no es exclusivo del Perú: en todas las capitales del mundo ha florecido, en nuestra época, este tipo de jovenzuelo cuya vocación parece ser el atropello. El cine se ha ocupado de consagrarlo en la figura de algunos actores y de dotarlo, a-

demás, de todo un atuendo identificatorio (camisa policroma, "bleu-jeans", etc.). En torno a su drama —porque lo tiene— se ha derrochado sentimentalismo: el adolescente solitario, melancólico, sin esperanzas, que por reacción se hace duro y cruel, dándose así al culto del riesgo y la aventura, y al anonadamiento moral por el baile, la velocidad y hasta el alcohol o la droga. La crisis de la familia ha contribuido enormemente a la creación de este personaje, pero también hay que señalar la proclamación del éxito fácil, el poder y el dinero (gran parte de este tipo de muchachos sabe de la "influencia" de sus apellidos) como únicos factores del triunfo personal, son elementos sociales que favorecen, aquí y en París, Estocolmo o Nueva York, la aparición del muchachón descontento e insurrecto. De ahí que generalmente pertenezca a las clases acomodadas, ya que el joven de extracción popular, que se ve forzado a valer por sí mismo, tiene desde temprano que ganarse el sustento en tareas no siempre breves o livianas.

La pequeña guerra entre las facciones de Miraflores y Barranco es síntoma de un mal de la juventud que se impone paliar prontamente. Contra el ocio, deben crearse quehaceres y actividades juveniles que, sin abuso, entretengan y encaucen esa fuerza que hoy se desborda en la agresión. Y contra la rutina, hay que buscar acicates a la fantasía y la inclinación oculta de cada una de estas víctimas de la época. Sólo cuando se dé a la pasión juvenil un objetivo sano, cuando se la llene de significación y también cuando padres y maestros sean modelos vivos de la existencia austera, la dolencia social a la que aludimos habrá comenzado a desaparecer. Hasta entonces, cada vez será más grave.